



De cómo un palacete de Carabanchel "de arriba" fué Palacio Real por unos días, a mediados el siglo XIX

Isabel II, ya reina de España, se hospedó en él
para defenderse de la epidemia de cólera que
asolaba a Madrid

Las duquesas de Osuna, Alba, Híjar y Almazán; la condesa-
duquesa de Benavente y la condesa de Chinchón integra-
ron, entre otras linajudas damas, la camarería mayor de Su
Majestad en la regia morada carabanchelera

P o r R . L O P E Z I Z Q U I E R D O

DESDE aquellos jardines se ve Madrid. Son unas cuantas hectáreas fragantes, llenas de verdes céspedes, de altos cipreses y de lilares maduros cargados de flor desde febrero a mayo. Es una especie de oasis en el alto anfiteatro de Carabanchel, dominando la llanada ancha de la nueva Castilla que sirve de base a las cumbres azules y malvas del Guadarrama. En el centro de este polígono verdeante, al que se ciñe un añejo cerramiento de adobe, emergía, hasta hoy sin reformar, un palacete de línea neoclásica debido sin duda a uno de los discípulos predilectos del gran arquitecto Ventura Rodríguez. Las fachadas, con amplios y esbeltos vanos, son de un color arena, atenuado por la extraordinaria luminosidad del lugar. Ante él, un parterre de boj es oloroso y una fuente clara y sonora, y mirándose en ella, encima de la escalinata de acceso a la morada, una corona condal sobrepuesta a las armas de los Campo de Alange. Detrás del palacete, una pequeña capilla con atrio de columnatas toscanas sosteniendo un frontón de bellas proporciones y una bóveda de esfuerzo difuso rematada por esbelta linterna con vidrieras diáfanas relucientes al sol. Todavía más lejos, hacia el Sur, «la Isla», una lagunilla de pretensiones excesivas con una caseta rústica en su centro, y toda ella jugando a una

verdad lacustre que no existe, de bordes sinuosos en los que la fábrica de ladrillo árabe se disimula por las hiedras y por los citisos en flor. Y aún más allá, unos pinos de ramas bajas y abiertas donde reposan y graznan con sonido extrañamente humano un centenar de pavos reales, confundiendo sus largas colas moteadas de iridaciones verdes, moradas y añil con las recias hojas de los árboles. El palacio fué, en efecto, de la Casa de los Campo de Alange. Era, mejor dicho, en los primeros años del siglo XIX.

LA REGIA DONACION

Carlos y María Luisa, reyes de España, tenían depositado su real cariño en una niña cándida de ojos vivos y negros y una rubia cabeza a bucles suaves contrastando con el rostro trigüño de seda pura. Esta pequeña, sobrina y ahijada de los soberanos, es la hija de Godoy, príncipe de la Paz, la que más tarde habrá de ser condesa de Chinchón y cuyo cadáver reposará en un sarcófago blanco y femenino, casi como un «boudoir», en un palacio no lejano a éste, perdido entre retamas y escalinatas de tipo italiano sobre los recios campos de Boadilla. Los reyes adquieren, en efecto, la posesión de Campo de Alange en prueba de su egregia estimación a la pequeña. Una carta de ambos dirigida al favorito y firmada en El Escorial a 9 de diciembre de 1803 dice literalmente así: «Sabes bien, amigo Manuel, el aprecio y singular cariño que tengo a tu hija Carlota Luisa, nuestra ahijada y sobrina; mis deseos de perpetuar en su memoria cuando la edad fixe su razón, el nombre de su madrina, con pruebas del tierno amor que la profeso, me han sugerido la idea de adquirir, para regalársela, una casa y jardín que fué del conde de Campo de Alange, en la villa de Carabanchel de Arriba; lo he verificado, y están en poder del ministro de Hacienda las escrituras de propiedad; el rey, mi amado esposo, interesado no menos que yo en dar iguales pruebas de su estimación a la ahijada y sobrina, me permite llevar a efecto el proyecto, y mandamos se trasladen al Archivo de tu casa las citadas escrituras, para que tú administres esta posesión hasta que sea mayor de edad tu hija; sepa el motivo por que pasó a sus manos, queriendo quede en tu casa siempre esta pequeña mues-

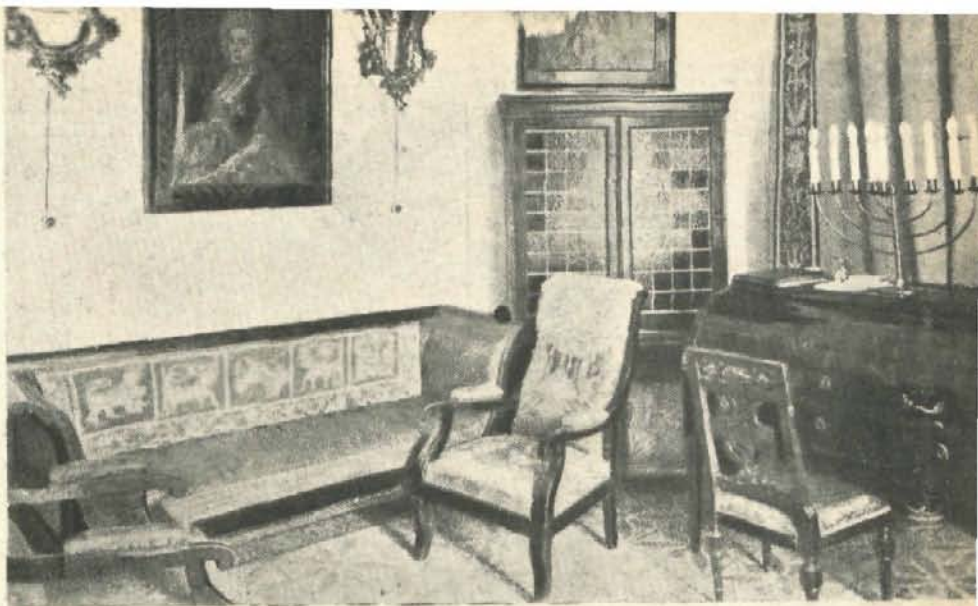


tra del grande aprecio que nos merecen padres e hijos. «Adiós, querido Manuel, te estimamos de corazón.—Luisa, Carlos.»

Pero la pequeña niña trigueña, de ojos negros y vivos, pudo disfrutar escaso tiempo del palacio y del parque carabancheleros. Manuel, príncipe de la Paz, fué desterrado tras de una serie de persecuciones en las que no tuvieron juego escaso de concitación, los truhanes de una «plazuela»—la eterna «plazuela» de España contrapuesta y opuesta al pueblo verdadero—de un país que entonces, como por infortunio en tantos pasajes de su Historia, estuvo en trance de naufragio.

EL COLERA EN MADRID

Un mal día—primeros de junio de 1834—, la reina gobernadora, doña María Cristina de Borbón, acaba de firmar en la umbría centenaria de Aranjuez el Estatuto Real, por el que se convocan los Estamentos. Una niña fuerte y regordeta, la infanta doña Isabel, ha dejado de serlo para elevarse a la suprema jerarquía de reina de España. Reconocida ya por las Cortes extranjerías, la Corte isabelina apenas reposa en aquellos jardines austriacos de frondas espesas, de olorosa humedad sedante, de cantos y silbidos dulces de pájaros canoros, de toda una época turbulenta de la que aun no se ha posado la polvareda de los pronunciamientos. En medio de un estío sofocante, Aranjuez es una plácida isla de frescor y de aromas a la que apenas llega la fiebre y la sed de la canícula. Flotan aquéllas por el aire rígido de las cunetas castellanas, envolviendo las rutas polvorientas



y las casas labriegas calcinadas por el duro sol, y cuando osan penetrar el regio recinto, se les opone la barrera fabulosa de árboles centenarios, de blandos céspedes, de pequeños dioses de mármol con cuernos de abundancia de los que brotan las más claras y frescas linfas. Pero la barrera añosa no basta para evitar el que las trágicas noticias llegadas de Madrid se detengan al pie de la escalera regia, sobrepasen las guardadas galerías e incurran en las cámaras al pie mismo de los lechos reales. Y ahora la noticia es dolorosa y negra. En Madrid, donde el romanticismo alcanza su apogeo de letras, su apogeo de tipos, su apogeo de costumbres, se ha declarado una epidemia de cólera capaz de arrasar la ciudad en pocas semanas. Como un camino espeso de hormigas que se holla con el pie, así Madrid es una desbandada general en la que impera el mayor de los desconciertos. El pánico es inmenso. Desolador el aspecto de la ciudad. Todo su tráfico rodado no da abasto para improvisar las carrozas fúnebres que requiere la mortandad más grande que ha conocido la historia del siglo. Es entonces cuando Larra, figura cumbre del saloncillo y de las tertulias literarias de las botillerías ochocentistas, escribe que «Madrid es un vasto cementerio y cada casa representa el nicho de una familia». Claro está que el desconcierto rebasa las puertas de palacio. Los médicos más eminentes se reúnen en consulta para ver de hallar las soluciones profilácticas capaces de salvaguardar la salud de la angusta pequeña. El Consejo de la Corona, presidido por Martínez de la Rosa, sordo aún por los aplausos de «la Conspiración de Venecia», tuvo parte activa coadyuvando al dictamen de los doctores palatinos, en cuanto al lugar más apropiado en el que refugiar temporalmente a la reina de España. En consecuencia, la *Gaceta Oficial* correspondiente al 12 de junio de 1834 da cuenta al pueblo de la salida de Sus Majestades en dirección a Carabanchel de Arriba, lugar excelente no lejos de Madrid, pero aislado de él por un espeso cinturón de espléndidos jardines, de grandes propiedades numerosas, entre las que se encuentran el Parque y el Palacio de los Campo de Alange. El paréntesis ha de ser breve. Quizá el tiempo que dure la amenaza del cólera rebasando la cuenca del Tajo en dirección de Aranjuez, o el que se emplee en trasladar al Real Sitio de San Ildefonso el complejo aparato de la Corte.

EL PEQUEÑO REAL PALACIO DE CARABANCHEL

He aquí, pues, al palacete de línea dieciochesca, convertido por unas semanas en real palacio. Verdaderos ejércitos de azafatas, camaristas, doncellas, mozas de retrete, ujieres, cocineros, toda la tropa diversa y pintoresca que compone la baja servidumbre palatina, ocuparon el plácido recinto de Carabanchel. Instaláronse en él, a más de las reales personas, las del séquito y Gobierno. El «ministro de jornadas» del momento se alojó con sus ayudantes en un palacio frontero de menor importancia, propiedad del marqués de Remisa, que hoy ocupan unas monjitas Redentoristas.

La reina hubo de señalar asimismo una lista de damas que acudieron al retiro de los Campo de Alange, su Corte de honor. Formaron en ella la condesa-duquesa de Benavente, las duquesas de Alba, de Osuna, de Villahermosa, de Híjar, de Alagón, de Almazán, de San Carlos; la marquesa de Branciforte, la de Alcañices, la propia condesa de Chinchón, cuyo hubiera de haber sido el palacio que ocupaba Isabel II.

La morada tenía toda la exquisitez propia de la sensibilidad

(Continúa en la página 45)

UNA ESPAÑOLA EN FINLANDIA

(Viene de la página 17)

componentes se agrupan en un solo fervor. El organista, polaco. Una soprano inglesa, dos polacas, una finlandesa y la nuestra, Elena. Las tiple: una italiana, dos alemanas, dos o tres monjas norteamericanas, otra holandesa, otra... Cuando acaban de entonar sus salmos en latín, ya apenas pueden entenderse entre ellos. Pero el espectáculo es conmovedor.

Y no es posible seguir el relato de Elena. Salpicadas, constantemente, entre la emoción del recuerdo que descubre razones y rincones inéditos, surgen las anécdotas de muy diverso valor. Pero tardes enteras de conversación amena, de imaginación alerta, no pueden resumirse aquí.

Quede como simple exposición de hechos verídicos con aroma de cuento el retrato y las pinceladas de color que nos transmite Elena Talavera, valenciana transplantada, por voluntad educadora, de las naranjas de España a las nieves de Finlandia.

COCINA

(Viene de la página 24)

sa, bien picados, y se agrega pimienta molida.

Se le añade a cada verdura uno o dos huevos batidos, según la cantidad que se desee hacer.

Se untan un molde con mantequilla de vaca y pan rallado, y se pone una capa del picadillo de espinacas; luego, las zanahorias, y por último, la lombarda, y después se pone al horno al baño-maria durante treinta minutos.

Cuando se vaya a servir se vuelca el molde en la fuente con cuidado para que el pudín quede entero y forme tres colores al cortarle. Puede prepararse una salsa de tomate, de preferencia natural, y serviría alrededor o bien con salsera aparte.

* * *

CALABACINES RELLENOS.—Se pelan y se cortan el grueso de seis centímetros; después se cuecen, quedando un poquito tiesos; se escurren y se les pasa por agua fría directamente del grifo; se les saca por el centro las pepitas, quedando en el fondo para que no se les salga el relleno.

Se les hace un puré de espinacas de la forma siguiente: cocida la espinaca, muy bien escurrida, se pica, reduciéndola a una crema, y se rehoga con mantequilla, agregando unas cucharadas de salsa besamel espesa. Se rellenan los calabacines, se colocan en una cazuela de barro y se meten al horno por espacio de quince o veinte minutos, colocando un poco de grasa de cerdo por encima y un poco de jugo o salsa española simplemente.

De cómo un palacete...

(Viene de la página 41)

y el refinamiento del siglo XVIII. Muebles y decorados se atonan en ese estilo alegre y si se quiere algo superficial creado por Carlos IV. Hay en ellos, sin embargo, un recuerdo marcado del primer Imperio francés. Es decir, una brisa callada y triste que recuerda aún el final de la Corte de Luis XVI. Todo un ambiente de dulce vida que, de haber reinado en España María Antonieta, hubiese soñado para ella la que fué reina de Francia. Algunas de las estancias del palacete de Campo de Alange recuerdan por su suntuosidad y buen gusto las de los reales palacios de El Escorial y de La Granja. En aquella época sus vericuetos jardineros ostentaban aún cartelas indicadoras con los nombres de la reina María Luisa, de la condesa de Chinchón, del príncipe de la Paz y de otros personajes coetáneos.

En aquel parentesis cortesano, el palacio, debido a la inspiración de uno de los mejores arquitectos del momento, quizá a la del mismo Ventura Rodríguez, fué el «leit motiv» de una de las más bellas estampas isabelinas. La Corte llevaba una vida de austeridad con arreglo a las circunstancias por que atravesaba la nación

entera y accidentalmente la verdadera sede de los reyes de España, Madrid, su capital. Pero, no obstante, la jornada se desenvolvía con todo el aparato inherente al esplendor de Austrias y Borbones. La reina recibe a diario la visita de protocolo. Los embajadores desfilan ante esta egregia niña prestando al improvisado palacio real todo un clima de verdadera cortesania. Hay carretelas que se tambalean dos veces por semana rumbo a Carabanchel, llevando sobre sus asientos de terciopelo amarillo al conde de Brunetti, ministro de Toscana y de Venecia, y carrozas pesadas en cuyo fondo languidece, oteando con curiosa indolencia el calcinado paisaje de Castilla, la pálida figura del cardenal Tiberio, extraordinario embajador de Roma.

DESTINO Y AVATARES DEL PALACETE

Recobrada en Madrid la tranquilidad, el palacio de Campo de Alange, por unos días residencia regia, vuelve a discurrir en medio de esa placida atmósfera de Carabanchel, ya extinguido su fugaz esplendor, ya dando cara a las lejanías inquietas y suntuosas de un Madrid verdaderamente cortésano y al uniforme matiz morado, ribeteado de oro a la puesta del sol, de las montañas guadarrameñas. La transición, sin embargo, fué lenta, y su devenir, escalonado y propicio a la hospitalidad de próceres linajes. Salamanca, el generoso y magnánimo marqués de Salamanca, lo ocupó temporalmente antes de adquirir dos kilómetros más abajo «Vista Alegre», la escena de sus fiestas fabulosas que pronto habría de acarrearle la más triste y definitiva de sus ruinas. Después, el camino histórico por el que ha discurrido el «pequeño Palacio Real» está claro y no lejos de nosotros. Larrinaga, un caballero opulento del siglo XIX, lo ocupa y da su nombre. Larrinaga se llamará desde entonces el oasis sombreado de pinos y guardado por cipreses de los Campos de Alange. Posteriormente, una ilustre dama, una ilustre y bella dama española—la condesa de Casa Puente—, será la moradora de esta residencia de brillante historia. Es en su momento cuando aumenta el número de los pavos reales que pueblan la finca y cuando es más bella la cándida sinfonía de los geranios florecidos que bordean la escalinata del palacio. Nosotros mismos tuvimos ocasión de acudir a la propiedad de Carabanchel cuando, todavía adolescentes, tomábamos contacto con la aristocracia española. Ya no es la carretela del conde de Brunetti ni la carroza austera del cardenal Tiberio las que atraviesan las rutas empolvadas de Castilla, para hallar después el reposo en la isla de paz de la antigua morada de la de Chinchón. Ahora son sencillamente automóviles, modernos automóviles sonoros de línea aerodinámica, los que turban la paz antes de que la finca antigua de los Campos de Alange obtenga su reposo definitivo. Le ha llegado, sin embargo, su fin. Un moderno colegio de Marianistas lo ocupa por entero con fines formativos de evangelización cuando la paz de una España cansada de luchar por su liberación espiritual se asoma a los albores del año de triunfo de 1939. Una dirección arquitectónica inteligente ha conservado la fábrica primitiva del palacete dieciochesco, aumentándola con alas diversas que guardan cuidadosamente su sabor y su estilo. La vieja casa de los Campos de Alange, de la Chinchón, de Isabel II, de Salamanca, de Larrinaga, de Casa Puente, continúa, sólo que con matices diferentes, la ruta de esplendores que desde un principio parecía obrar en su gran destino.

El dibujo es un placer...
¡y una carrera de porvenir!



Si quiere aprender a dibujar y dominar la acuarela y el óleo, solicite el Folleto y comprobará como puede destacar en publicidad, modas, retrato, dibujo lineal y otras modalidades bien retribuidas. 850 alumnos pregonan la eficacia de nuestro Método avalado por los más prestigiosos artistas.

Folleto Ptas. 5.

Academia ABC de Dibujo

Plaza del Callao, 1
MADRID

NOTICIAS DE LIBROS

«ESCUPTORES RENACIENTES EN EL LEVANTE ESPAÑOL. — LOS FORMENT EN BARCELONA, ALCAÑIZ, VALENCIA Y TARRAGONA».—Xavier de Salas.—Barcelona, 1943.

Viene esta publicación de los *Anales y Boletín de los Museos de Arte de Barcelona* a precisar el perfil histórico de la escultura en el Levante español. Esto aparte de sus anexas tareas de datos, revisiones y síntesis que indica; pero que con toda deliberación no quiere cumplir el autor.

El insigne escultor del retablo de la Seo de Zaragoza y su hermano Onofre, más veces por supuestas y otras veces por evidentes obras de sus cincelos, pasan por las páginas de este folleto cargado de erudición y luces sobre el arte escultórico español.

Aunque no hay ningún retazo biográfico, rivalidades, procesos y datos curiosos son abundantes los que encontramos. Unas bellas fotografías y una serie de transcripciones documentales dan tono y norma a este brevísimo y acertado trabajo de monografía estética.

«MUSSOLINI, MODELO DE PERIODISTAS».—César A. Gullino.—Afrodisio Aguado, S. A.—Madrid, 1943.

La evolución del periodismo en los últimos años, desde el «Hay que tener el valor de hacer un periódico idiota, si se quería tener un éxito de público, a hacer de él un instrumento de educación popular y un órgano del Gobierno, es el período difícil que salva la labor periodística y genial de Mussolini, la cual es motor principal de actual sistema de Prensa.

La vida periodística del Duce pasa amena, concreta y sencilla, en este folleto—procedente de una conferencia—, sin olvidar que su misión principal fué la de

hacer del periódico un elemento constructivo y no disgregador. La fundación y estilo de *Il Popolo d'Italia*, así como máximas, normas y consignas de su vida, pasan sin cansar. La enorme y recíproca visión de periodista y hombre de Estado quedan reflejadas en el total objetivo de esta parcial publicación sobre la personalidad de Mussolini, una de las más geniales de los tiempos modernos.

César A. Gullino, director de la Agencia Estéfani, ha escrito esta magnífica publicación, clara y sucinta.

ESPERANZA RUIZ CRESPO: «EL HOMBRE IDEAL».—Afrodisio Aguado, S. A. Madrid, 1943.

Como réplica y continuación a *La mujer ideal*, de Andrés Bóvesz, esta insigne escritora ha compuesto sobre el hombre una serie de divagaciones que van desde un sentido puramente psicológico hasta otro variadamente profesional. Y así discurren por las páginas de este librito desde el «ideal», el estoico, el negociante, el deportista, el cineasta... Todos quedan catalogados con la mejor impresión.

Con todo, la autora ha acertado a decirnos que la idealidad buscada viene a ser como una chispa que brota de los acartados capilillos de su libro, mientras que los hombres de profesión sólo son materia prima para edificar una problemática felicidad. Este pequeño conflicto es áncora y sal de *El hombre ideal*.

Las dotes literarias de esta dama: amenidad, gracia, interés y cierta ironía dulce con frase de buen color, tienen una magnífica primera línea en esta obra, que orienta, instruye, entretiene y es digna de figurar en la lista de libros de toda mujer culta y elegante, naturalmente muy por encima de esa artesanía literaria y creadora de ñoños paraísos artificiales que se llama «rosas».